

**Sierra, Verónica. *Palabras huérfanas.*
Los niños y la Guerra Civil.
Madrid: Taurus, 2009. Print. 434 pp.**

FRANCISCO ARRIERO RANZ
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ, SIECE

Lo primero que hay que decir de *Palabras huérfanas. Los niños y la guerra Civil*, es que se trata de un libro que demuestra que todavía resulta posible proyectar nuevas miradas y manejar de forma diferente la documentación relacionada con un conflicto que ha generado una amplia y variada bibliografía. Verónica Sierra, profesora de la Universidad de Alcalá, coordinadora del *Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita* (SIECE) y de la revista *Cultura Escrita y Sociedad*, lo ha conseguido escribiendo un ensayo en el que, partiendo de la peripecia vital de los más de 30.000 niños y niñas que fueron evacuados al extranjero durante la Guerra Civil, reconstruye la historia de una infancia perdida entre el estruendo de las bombas, el miedo y el exilio.

Ciertamente, se trata de una temática que, desde otras perspectivas, ya había sido abordada por otras interesantes investigaciones que utilizaron un amplio repertorio de fuentes: crónicas periodísticas, documentos oficiales de la época, fuentes orales, autobiografías, relatos, novelas testimoniales, etc. La originalidad de la investigación de Verónica Sierra hay que buscarla, más que en el sujeto histórico, en su apuesta por reconstruir la memoria de estos niños y niñas a partir de la huella escrita que dejaron en los momentos inmediatamente posteriores a su evacuación. Un

objetivo nada fácil ya que son pocos los escritos infantiles que se han conservado en archivos públicos y privados debido al carácter personal de esta documentación, a la poca importancia que les concedieron sus autores y al desinterés que, hasta hace relativamente poco tiempo, mostraron hacia ellos historiadores y gestores de la memoria. Decidida a superar todos estos obstáculos, la autora ha rastreado 17 archivos españoles y 16 extranjeros, y haciendo buena la máxima de Arlette Fargue cuando señala que, muchas veces, la documentación está ahí y lo que hay que hacer es ir a buscarla (*La atracción del Archivo* [1991], p. 79) ha logrado reunir un corpus documental considerable: cartas que los niños enviaron a sus familias desde los países donde fueron acogidos, correspondencia publicada en la prensa de la época, diarios personales, redacciones escolares, periódicos murales y cuadernos de clase escritos durante su infancia y primera juventud. Con este material ha escrito un libro que nos aproxima a los sentimientos, miedos y deseos más íntimos de quienes fueron embarcados en un viaje que para algunos no tuvo retorno, al tiempo que nos acerca a la percepción que, desde su óptica infantil, tuvieron de la realidad que les tocó vivir.

En la primera parte de la obra analiza la forma en que cada contendiente utilizó la imagen de los niños y niñas en la propaganda, estudia el papel beligerante que la escuela adoptó en ambos bandos y reflexiona en relación al proceso de aculturación en la violencia y el odio al enemigo que se transmitió a través de los libros y revistas dirigidos a la infancia. En este ambiente, tal y como nos relata la autora, los niños no pudieron ser neutrales. Su toma de partido se pone de manifiesto en las redacciones, en los cuadernos de clase y hasta en unos juegos que reprodujeron las luchas que tenían lugar en el campo de batalla, las detenciones y hasta los fusilamientos que protagonizaron sus mayores. Evidentemente, la realidad cotidiana contribuyó a reforzar este proceso allí donde los bombardeos o la proximidad de los frentes pusieron en peligro la vida de los niños. En estos casos, sus escritos y sus dibujos no sólo deben ser considerados un testimonio del miedo y la angustia que sintieron, sino también un ejercicio terapéutico que, en muchos casos, ayudó a interiorizar y a superar los traumas provocados por la guerra.

Los capítulos que nos acercan al meollo de *Palabras huérfanas* son aquellos que la autora dedica a analizar el contexto y las vicisitudes que rodearon la evacuación masiva de niños y niñas fuera de España. En especial, la que llevó a varios miles hasta Rusia y para cuyo estudio ha rescatado más de doscientas cartas escritas por quienes formaron la segunda expedición que partió de España en la madrugada del 13 de junio de 1937. Concebidas en muchos casos como un diario, estas cartas recogen la narración pormenorizada del largo y complejo viaje: la frialdad con que fueron

recibidos en Francia, el mareo que sufrieron durante la travesía, la calurosa acogida que se les brindó al llegar al puerto de Cronstadt y el posterior traslado a las distintas colonias donde fueron alojados. Las primeras cartas muestran el impacto que les produjo Rusia y el asombro que sintieron ante la expectación que su presencia levantó en los medios de comunicación. Las escritas con posterioridad dejan entrever el proceso de maduración acelerada que experimentaron buena parte de ellos. A pesar de su corta edad fueron conscientes del sufrimiento que su partida había generado en sus hogares y se esforzaron por demostrar que eran capaces de superar las adversidades y de cuidar de sí mismos y de sus hermanos. Procedentes muchos de ellos de familias humildes, sus cartas destacaban el buen trato que recibieron por parte de las autoridades soviéticas: «no te puedes ni figurar que bien nos dan de comer: postre, toda la clase de [manjares] y mucho pan»; «Aquí estamos como en Jauja. Comemos cuatro veces al día».

Muchas de estas cartas, en cambio, nunca llegaron a su destino. Además del mal funcionamiento del servicio postal, con el avance de los ejércitos franquistas gran parte de la población del norte de España fue evacuada o se trasladó de domicilio, resultando imposible localizar a muchos destinatarios. Cuando ocurrió esto, las cartas se enviaron a Barcelona, convertida desde agosto de 1938 en el centro postal de la España republicana. Tras la caída de la Ciudad Condal la historia es conocida: más de un centenar de toneladas de documentos fueron trasladados a Salamanca para ser utilizados en el gran proceso de justicia al revés instituido por el franquismo para responsabilizar a los republicanos del inicio y las consecuencias de la guerra, humillarles aún más tras la derrota y cortar de raíz cualquier posible disidencia respecto al nuevo régimen. Entre todas esas cajas de papeles se encontraban las cartas de los niños y niñas de Rusia. De ahí que Verónica Sierra hable de palabras huérfanas ya que nunca fueron leídas por los familiares que las esperaban con impaciencia; y porque, al quedar sin respuesta, aumentaron la sensación de desamparo de unos niños que no comprendían el porqué del silencio de sus seres queridos. Se trata, además, de cartas robadas por el aparato represor de la dictadura para ser empleadas como pruebas de cargo contra unos padres que habían intentado apartar a sus hijos del horror de la guerra, pero que, paradójicamente, fueron acusados de entregarlos al país del comunismo por la propaganda fascista.

Pero no todas las cartas se perdieron y algunos padres lograron mantener el diálogo epistolar con sus hijos e hijas. En estos casos, fueron el hilo que mantuvo viva la sensación de que, a pesar de la distancia, la familia permanecía unida. La correspondencia permitió que cada miembro del grupo familiar ejerciera su rol: los

hijos cumplieron con su deber hacia sus padres informando de sus progresos, rindiendo cuenta de sus comportamientos, detallando de forma pormenorizada las actividades que realizaban cada día (los horarios, las comidas, el tiempo de estudio y de ocio), y solicitando los consejos y permisos necesarios cuando tuvieron que afrontar decisiones relativas a los estudios u otras cuestiones importantes. Las madres y los padres hicieron lo propio proyectando en la preocupación por el estado de sus hijos su papel de cuidadores y desempeñando con sus recomendaciones las tareas de control y supervisión.

Por otro lado, las cartas permitieron a los niños conocer la realidad de lo que estaba ocurriendo en España y cómo afectaba a los suyos. Siempre con la esperanza puesta en el retorno, buscaron en ellas la parte de verdad sobre la Guerra Civil que sentían les estaban escamoteando profesores y cuidadoras de las colonias. También fueron el canal a través del cual lograron dar con el paradero de sus seres queridos. Para ello utilizaron las cartas de súplica dirigidas a organismos internacionales, autoridades diversas y hasta a mandatarios como Stalin, Lázaro Cárdenas o Negrín. Al estallar la II Guerra Mundial muchos niños y muchas niñas volvieron a tomar el lápiz o la pluma para escribir infinidad de cartas con las que pretendían localizar a compañeros de evacuación que habían sido trasladados a distintos lugares de la URSS o que, como ocurrió con los más mayores, se incorporaron al ejército ruso o colaboraron activamente en múltiples trabajos en la retaguardia.

Toda esta intensa actividad epistolar no surgió únicamente de la iniciativa de las niñas y niños, sino que hay que ver detrás de ella el estímulo de los adultos. Como nos recuerda la autora, vivieron en un mundo de cartas porque, por un lado, aprender a escribirlas fue un conocimiento que se incluyó en el currículo escolar, al considerarse una habilidad imprescindible en una sociedad en la que todavía no se habían generalizado otros medios de comunicación, como la misma Verónica Sierra ha estudiado en trabajos anteriores (*Aprender a escribir cartas* [2003], p. 249); pero también, porque tanto las autoridades rusas como los representantes del gobierno republicano concibieron la evacuación con carácter temporal y entendieron que el contacto epistolar con las familias era una forma de preservar su identidad como españoles. Otras prácticas de escritura promovidas dentro y fuera del ámbito escolar persiguieron idénticos objetivos. Las redacciones y los periódicos murales son dos buenos ejemplos que corroboran la importancia que se otorgó a la cultura y la historia de España en los centros educativos donde se formaron los niños y niñas desplazados a Rusia.

Verónica Sierra completa este minucioso análisis de las escrituras infantiles en tiempos de guerra con lo que considero la parte más original de su investigación, aquella en la que aplica las teorías y la metodología desarrolladas por los principales referentes de la historia social de la cultura escrita: Armando Petrucci, Roger Chartier, Francisco Gimeno y Antonio Castillo, entre otros. Las cartas, los diarios y los escritos escolares pueden aportarnos mucha información si, además de fijarnos en los contenidos textuales, dirigimos nuestra atención a su materialidad y analizamos las peculiaridades de los soportes sobre los que se realizaron, la organización de los textos y sus características gráficas. Y, desde luego, si nos hacemos las preguntas clásicas de quiénes, cómo y en qué contextos fueron realizadas; y repetimos la misma batería de cuestiones en relación a las personas, las maneras y las circunstancias en que estos escritos fueron leídos (véase "La corte de Cadmo..." de Antonio Gómez Castillo [2005], pp. 18-27).

Respecto a los contextos de producción, la autora deja muy claro que si la escritura infantil nunca es auténticamente libre, lo es mucho menos en tiempos de guerra. En el caso de los niños evacuados a Rusia, la carga ideológica que se les había transmitido a muchos de ellos en España, se reforzó con el adoctrinamiento al que se vieron sometidos cuando fueron integrados en el sistema educativo de la URSS. Esto explica que los escritos infantiles incluyeran continuas alabanzas a Stalin y al régimen soviético, repitieran consignas y se adornaran con dibujos que reproducían la iconografía a la que estaban expuestos de forma continua. Además, debemos tener en cuenta que nos encontramos ante un claro ejemplo de escritura vigilada, sometida a la censura de unos docentes y cuidadores preocupados porque los niños pudieran filtrar en los trabajos escolares o en las cartas críticas a su trabajo o a las condiciones de vida en las casas de acogida.

También son muy sugerentes las conclusiones que la autora extrae a partir del análisis gráfico de las cartas y del estudio de su estructura formal. El primero nos permite identificar quiénes las escribieron: generalmente hermanos o compañeros de más edad o mayor competencia gráfica, aunque también fue frecuente que los más pequeños incluyeran frases, saludos o dibujos; en otros casos, los niños delegaron la escritura en adultos, generalmente profesores o personal empleado en las residencias donde vivían. Con el segundo, podemos valorar la influencia que la escuela ejerció sobre unas prácticas de escritura donde se repitieron frecuentemente estructuras y fórmulas aprendidas en clase o en los manuales epistolares.

En cuanto a las formas en que se realizó la recepción de todas estas cartas, tanto las enviadas por los niños como las remitidas por sus familiares, Verónica Sierra

nos relata la emoción que provocaba la llegada del correo y se detiene en el análisis de las prácticas de lectura realizadas por la comunidad de lectores que formaron los niños y sus familias. Así, las circunstancias excepcionales que impusieron la guerra y el exilio alteraron el carácter íntimo y personal que suele caracterizar a la correspondencia privada. La necesidad de transmitir noticias o de requerirlas, incluir mensajes para terceras personas o informar sobre la situación de parientes y conocidos determinó el carácter abierto de muchas cartas, siendo frecuente que pasaran de mano en mano o se leyeran en alto para un grupo heterogéneo de oyentes. Sabemos que los niños evacuados se reunían en grupo para leerlas, cada uno esperando encontrar en las de sus compañeros referencias a su familia, amigos o conocidos de los que se encontraban separados.

Todas estas cuestiones son abordadas en las páginas de *Palabras huérfanas*, un libro escrito con emoción y rigor que nos permite conocer mejor el exilio de aquellos miles de niños y niñas que, utilizando palabras de la autora, «quisieron a España como se sueña un ideal, como se busca una meta, como se persigue un imposible». Y que, desde luego, escribieron a su manera y en la distancia una parte trascendental de nuestra historia reciente.